

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER

GLOBALIZACIÓN CULTURAL Y POSMODERNIDAD

Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1998

Globalización y posmodernidad son los dos términos que integran un glosario mayor con el que se busca describir e interpretar el estado de situación de la cultura actual a nivel mundial, y son también los dos ejes discursivos a partir de los cuales Brunner *ensaya* una lectura fenomenológica de la sensibilidad posmoderna. Acogiendo el principio de que ambos vocablos son polisémicos y, por lo tanto, hiperconnotativos, el sociólogo chileno se suma a la larga sección de voces finiseculares que han intentado caracterizar el actual momento de la historia, de acotar sus márgenes interpretativos y ofrecer un diagnóstico. En América Latina, nos referimos a estudiosos como Beatriz Sarlo, Néstor García Canclini y Jesús Martín Barbero, entre otros.

El libro de Brunner se organiza sobre la base de un diagrama de la globalización cultural en torno a cuatro fenómenos interrelacionados: la universalización de los mercados y el avance del capitalismo posindustrial; la difusión del modelo democrático, como forma ideal de organización de la *polis*; la revolución de las comunicaciones, que lleva a la sociedad de la información; y la creación de un clima cultural de época, usualmente llamado de la posmodernidad. A partir de aquí, Brunner, “un poco a la manera del *bricoleur* posmoderno, que cita fragmentos y los entremezcla sin pudor”, configura su propia cartografía de la posmodernidad, asumiendo como objetivos centrales “hacer algo así como una fenomenología cultural de la cultura contemporánea [...] y crear un puente por donde transitar desde los miedos contemporáneos hacia su comprensión por la conciencia posmoderna”.

Términos como globalización y posmodernidad definen el léxico con que Brunner interpreta y articula el discurso identitario finisecular. La exégesis convoca a una disonancia teórico-hermenéutica. Ambos términos, en sus palabras, denotan una abierta complicidad: “Mientras el concepto de globalización procura dar cuenta de la novedad de un capitalismo que ha extendido sus límites hasta los confines del planeta, envolviéndolo en la lógica de los mercados y las redes de información, la idea de la posmodernidad pretende expresar el estilo cultural correspondiente a esa realidad global”. Agrega Brunner que la realidad cultural posmoderna –descentrada, movable, hecha de múltiples fragmentos- se constituye en “autorreflexiva y muchas veces irónica de sí misma.”

Capitalismo globalizado y posmodernidad embisten y vulneran todo lo que tocan, perfilando una nueva realidad discursiva en la que los lenguajes transitan permanentemente en un juego de espejos, en una suerte de puesta en abismo donde convergen contingencia e historicidad (tal situación, como veremos, también señala la impronta identitaria del autor). En este tránsito de convergencias, las industrias culturales son las responsables de la traducción semántica de la realidad, de señalar y justificar las visiones de mundo: “de hecho, el complejo industrial massmediático, de la información, la entretención y las telecomunicaciones está convirtiéndose rápidamente no sólo en el principal sector de la economía posindustrial sino que, además, está en tren de convertirse en el eje de una nueva estructuración de la conciencia del mundo”. Las industrias culturales se convierten así en productoras de sentido, preferentemente en las ciudades, donde según el ejercicio metonímico de lectura que nos proporciona Brunner, han llegado a producir *bosques de símbolos*, con la consiguiente saturación de mensajes y el cruce receptivo de las lecturas que configuran el mapa interpretativo del fin de siglo. Tanto la variación de los signos, como su producción masiva y su ingente consumo corroboran “ese sentimiento de inestabilidad –falta de fijeza y profundidad- de nuestras formas culturales presentes”.

La expansión capitalista y la hegemonía internacional de los mercados tienden a eliminar las fronteras entre los países, estructurando un nuevo orden mundial, en el que las economías alimentadas por el crecimiento y la instalación neoliberal terminan por controlar el ejercicio de ofertas y demandas de una población cada vez más necesitada de satisfacciones y logros materiales. Este estado de situación de la economía internacional, sumado a la consagración del modelo democrático y la revolución de las comunicaciones, marcan o diseñan el escenario actual de la cultura globalizada, vale decir, “el surgimiento de un clima de época o nueva sensibilidad, usualmente denominados posmodernos”.

Brunner observa que el proceso de globalización capitalista, a través de sus mecanismos de “destrucción creadora”, define una época posmoderna en la que conviven elementos de innovación tecnológica (electrónica, informática, robótica, biotecnología) con un cambio profundo a nivel de transacciones industriales y económicas, que a fin de cuentas redundan en “la comprensión del tiempo y el espacio en un universo desterritorializado, de intercambio generalizado y sin mecanismos que aseguren ya un sentido de continuidad histórica”. Así, el mercado se transforma en el principal agente de cambio de las relaciones sociales y culturales; nada, en definitiva, detiene el impulso frenético de esta fuerza económica, la que subvierte los órdenes canónicos de sociedades varias y diversas, normando un universo ecléctico, uniforme y asumido, sin mediar diferencias de raza, religión o estrato socio-cultural, entre ciudadanos-consumidores de la era global posmoderna. En suma: se liberaliza el consumo, se hedoniza e idolatra a productos y mercancías del multiforme y heteróclito mercado de bienes.

De este modo, tenemos un cuadro complejo y dislocado: contradicciones, alteraciones y entrecruzamientos entre capitalismo, democracia y comunicaciones, los que, imbricados al fin, convergen en una matriz de sentido que provisoriamente puede anticiparse, diciendo que lo que conocemos con el nombre de posmodernidad no es más que un retazo semántico, prodigado por la globalización capitalista, que ha ido marcando su impronta en el plano político, cultural, social y espiritual de las sociedades de este fin de siglo/milenio. De aquí surge un grupo abigarrado de nuevos o revalidados significantes: fragmentos, márgenes, diferencia e identidades que se solazan en un universo de fracciones de discurso, de microrrelatos, de pérdidas de sentido, de miedos existenciales que corporizan un sujeto mutable y complejo, protagonista efímero de los cambios que alteran su entorno físico y mental.

La tercera parte del libro de Brunner acoge las visiones que, acerca del tema de la identidad, el autor propone como paratextos del fenómeno de la globalización y la posmodernidad. Luego de determinar que el diálogo entre el centro y la periferia ha modificado su antigua dinámica (por ejemplo, a través de los cambios profundos que registra el canon literario en la academia norteamericana, que involucran una democratización del gusto y los códigos ideológicos del receptor), Brunner anuncia, aunque tangencialmente, su lectura identitaria a la luz de los mentados procesos de universalización de los mercados, sentenciando que “es en torno a la identidad de las naciones, así como de la propia identidad cultural de la posmodernidad, que hoy se disputa en la arena global”. La globalización, que aspira a ser una suerte de occidentalización del mundo –cuestión que es anunciada e interrogada en estas páginas– tiende a desarmar las estructuras rígidas, los compartimientos estancos que inhiben el ejercicio de entrecruzamiento entre alta y baja cultura. De este modo, el quiebre de las jerarquías y la asunción de un nuevo orden cultural hace que, como dijo Umberto Eco al momento de definir en la década de los sesenta la división entre apocalípticos e integrados, puedan convivir, aparentemente sin mayores problemas, Kant y Madonna.

Brunner considera que este es un producto de los embates de la industria cultural, que trabaja bajo los patrones de la entretención y el consumo masivos. Ahora bien, este escenario grafica (y en esto Brunner remeda a otros autores que conforman los catálogos de la posmodernidad) el epílogo del proyecto de la modernidad, porque desemboca “en una cultura donde todo se mezcla en el mercado: lo alto y lo bajo, lo puro y lo impuro, lo elitista y lo masivo, lo aristocrático y lo plebeyo, lo desinteresado y lo comercial, lo serio y la parodia”. La industria massmediática, soporte material y emblema mayor de estos cambios, que a su vez suponen un descentramiento cultural, es la responsable de la desaparición de los “grandes relatos” unificadores, al estilo de lo propuesto por Lyotard. Esta disolución de un logos unificador y centralizado sería, de acuerdo con el autor cuya obra estamos comentando, un logro de la posmodernidad. Él lo pone sin embargo en entredicho,

procediendo a narrar dos historias (“escenas posmodernas”) a través de las cuales reflexiona acerca de la “diferenciación de identidades en la aldea global” y el “sistema global de indiferencias”. Mientras la primera escena (que reproduce algunas impresiones de los habitantes de un gueto suburbano de París) le permite colegir que ese espacio, al igual que el de Tijuana, “donde las fronteras se mueven”, y que estudió Néstor García Canclini, “representa [...] un espacio de encrucijadas, de oscilaciones lingüísticas, de identidades híbridas y fluidas”, vale decir, donde ya no caben las identidades fijas, sino sólo las mutables, la segunda escena reviste o adquiere un sentido moral al denunciar “la globalización representacional del dolor”, lo que desnuda los aspectos más sombríos de la globalización (la escena reproduce una imagen: la de una niña sudanesa que lucha por llegar a un centro de alimentación y es seguida por la mirada atenta de un buitre. La imagen la constituye una fotografía publicada por el *New York Times*, del fotógrafo Kevin Carter, y fue premiada con un premio Pulitzer). En el plano de las evaluaciones que Brunner propone, esta última escena pone en aprietos a la conciencia posmoderna: supone una revisión de las pautas de la globalización y una fundamentación de sus discursos morales.

En torno a esta temática gira el discurso postrero del libro, en el que Brunner intenta proponer una “hermenéutica moral para los tiempos de la globalización”, partiendo del supuesto de que todo orden cultural se edifica sobre la base de una argumentación moral. Las conclusiones a las que logra arribar, habida cuenta del estado de crisis y desamparo anunciado por distintas voces, entre las que cabe mencionar a Charles Taylor y Jürgen Habermas, pasan por considerar la elección de un modelo o referente ético que logre dar respuestas a la enorme interrogante posmoderna del futuro inmediato, y que sea capaz de interpretar y convencer a las distintas culturas, religiones e ideologías. Esto significa que, con algunas añadiduras y ciertas restricciones, Brunner acoge algo así como la idea habermasiana de fundar un nuevo relato –un metarrelato, se entiende– capaz de superar los miedos e incertidumbres que afligen al género humano y que se agudizan sobremanera en las actuales circunstancias históricas.

Ahora bien, volviendo a la apuesta del autor, nosotros quisiéramos abrir un paréntesis crítico en torno a su discurso (que en gran medida ya venía anunciando en otros textos, especialmente a partir de *Cartografías de la modernidad*, que apareció en 1994) y señalar que la idea de Brunner de considerar que la identidad “en sí” no existe, más allá de los discursos plurales a los que ella se refiere o de las propias elaboraciones intelectuales que definen o articulan una propuesta identitaria, nos parece que limita y olvida aquellos postulados que hablan de una identidad latinoamericana a partir de la cual es posible entender homogéneamente al continente más allá de sus diferencias. El sólo hecho de postular una construcción identitaria a nivel discursivo implica desde ya la existencia de un substrato, de un basamento cultural que enuncia, en diversas claves, los distintos grupos étnicos y culturales

que configuran la variada fisonomía social latinoamericana. Olvida Brunner que la identidad es más que un fenómeno de enunciación, y que por sobre los imperios semánticos que globalizan los imaginarios privados y colectivos, amén de los movimientos frenéticos del mercado de capitales, existen comunidades que siguen pensando al margen del discurso de la Coca-Cola o de la Internet; que, en rigor, todavía perduran formas telúricas de entender la realidad y de representarla a través de prácticas artísticas o domésticas. Sin embargo, no podemos pedirle a un intelectual como él que sea un intérprete más exacto de las pulsaciones de su pueblo. Al fin de cuentas, su ocupación le impele a construir edificios retóricos donde el discurso termina eclipsando a la realidad vivida. En definitiva, nosotros pensamos que al margen de ciertos espacios –temporales, esporádicos, evanescentes- de la modernidad y de ciertos resquicios de la modernización, emblematicada en imágenes massmediáticas y afluencias globalizadoras, aún es posible hablar de comunidades, ciudades y pueblos que mantienen vínculos estrechos entre sí, que hablan, trabajan y sueñan de acuerdo a ciertas claves que sólo ese grupo determinado puede descodificar plenamente. Si la televisión y los (des) criterios del consumo han entrado en la conciencia y el imaginario de estas personas, no es menos cierto que algunas prácticas religiosas, determinados usos del quehacer cotidiano, mantienen vivo el hábito de sus orígenes, de esos que se mantienen, pese a los flujos y reflujos del sistema, en su particularidad, en una corpórea estancia individual y colectiva que no claudica.

De este modo, frente a la postura escéptica de Brunner, creemos que se hace necesario proponer la instauración de un discurso crítico como ejercicio de criterio o que, como lo refiere el cubano Miguel Rojas Gómez, asuma coherentemente la asimilación de ciertos planteos y, por otro lado, la impugnación de las consecuencias ideológico-filosóficas negativas y hasta reaccionarias que verifican propuestas discursivas como las del teórico chileno. Al triunfalismo posmoderno que acogen algunos autores –entre los que se destaca Brunner-, cuando decretan la disolución, o clara inexistencia, de identidades culturales, nosotros podemos oponerle las palabras de Alejandro Serrano, Arturo Andrés Roig o Leopoldo Zea (aunque también podríamos citar a Fernando Ortiz, Darcy Riveiro y Fernández Retamar), en cuya resonancia crítico-interpretativa se encuentran arraigadas las ideas-fuerza que nos conducen a pensar que la identidad, como la cultura que le da sentido, es algo propio del ser humano; que, querámoslo o no, la tenemos, como el cuerpo tiene su sombra, y que el problema está en la capacidad de reconocer lo propio y aceptarlo, y no pretender ser otro distinto de lo que se es (Zea).

Un punto central en la crítica que se hace a la posmodernidad, y por ende a quienes se consagran a su fe y sus objetivos programáticos, es el hecho de que ésta, entendida como globalización o supuesta homogeneización del estado de la cultura actual, por un lado canoniza la diferencia al impugnar la unidad, como sostiene Jordi Corominas, mientras que por el otro deifica la homogeneización al negar las

diferencias del otro como otro y se recluye en la mismidad de lo indiferenciado. Tal situación, siguiendo ahora a Pablo Guadarrama, nos hace afirmar que la posmodernidad atenta contra la identidad cultural; que la reduce, la minimiza o la ignora, al punto de llegar a atribuírsele una mera existencia discursiva, como viene proclamando, desde un tiempo a esta parte, el sociólogo chileno.

En suma, los cambios que verifica la cultura contemporánea se explicitan en parte, activando el poder significativo del binomio globalización cultural/ posmodernidad. Pero sólo en parte, pues la tarea de descifrar la sinuosa geografía de las mutaciones que registra el territorio cultural nos hace pensar que el problema es mayor, o más diverso, o más variable, que lo que supone este autor. Así, los desafíos de la posmodernidad y la globalización, como bien lo ha entendido y asumido Fernando Ainsa, considerando la crisis de referentes que posibiliten una lectura objetiva de la identidad (entendida en sus variantes personal, cultural y universal) o la crisis de la ontología de la pertenencia, es una apuesta a la creatividad que también a nosotros nos parece saludable, fundamentalmente porque nos permite seguir abrigando el derecho consuetudinario a la utopía y a pensar que sólo así es posible hacer realidad la frase rubendariana: “Águila, existe el Cóndor”.

Héctor Ponce de la Fuente
Universidad de Santiago de Chile
Universidad de Chile